

Reseña: Colomer, Teresa. *Andar entre libros. La lectura literaria en la escuela.*  
México: FCE, 2005, 277pp.

Rodrigo García de la Sienna

Andar entre libros. Es decir marchar, moverse con soltura en el universo de la cultura escrita. Tal es, a grandes rasgos, el núcleo temático de este libro. Pero, siendo más precisos, se puede decir que esta publicación constituye una herramienta útil para todos aquellos que asumen la difícil tarea de construir, en el ámbito escolar, una andamiaje que haga de la lectura literaria un soporte formativo, un basamento para interactuar, de manera creativa, autónoma, con el complejo entorno que constituye la letra escrita en las sociedades contemporáneas. Para lo cual, sobra decir, no hay recetas ni fórmulas preestablecidas, pero sí —como lo muestra Colomer— maneras de entretrejer los conocimientos derivados de experiencias de índoles diversas (didácticas, sociológicas, etc.) con la reflexión teórica, a fin no sólo de identificar con pertinencia los obstáculos para la progresión lectora, sino también a fin de describirlos con paciencia, sin alarmismo, multiplicando los ángulos, y por ende, las estrategias.

La autora tiene clara conciencia del hecho de que la lectura es una práctica culturalmente situada, que responde a configuraciones históricas y sociales precisas; de que, al igual que la institución escolar, las prácticas ligadas a la literatura y a la cultura escrita en general provienen de focos culturales específicos, y de que ello tiene implicaciones de una compleja conflictividad. En otras palabras, Colomer no asume el mandato escolar y alfabetizador como una “misión universal” que haya que cumplir acríticamente; lo que asume es el compromiso que como *agentes* nos impone el estar *históricamente situados*; y el consiguiente compromiso de intentar fomentar, en el seno mismo de la escuela, la operatividad de dispositivos que democratizen el acceso a esa capacidad que, ciertamente, tiene la literatura para *formar*, en el sentido de la *Humanitas* latina o de la *Bildung* alemana. Pues el objetivo de la educación literaria es, en primer lugar, el de contribuir a la *formación de la persona*, una formación que aparece indisolublemente ligada a la construcción de la sociabilidad y realizada a través de la confrontación con textos que explicitan la forma en la que las generaciones anteriores y las contemporáneas han abordado la valoración de la actividad humana a través del lenguaje (p. 38).

Esta conciencia de la historicidad de las prácticas letradas en el seno de la institución escolar es manifiesta sobre todo en la primera parte del libro, donde la autora elabora un breve y claro resumen de la evolución de las expectativas de formación que aquélla ha depositado en la lectura literaria. Aunque, hay que decirlo, éste no es el asunto principal de la obra; como decía, este ejercicio no es sino una manera de situar la propia acción, para poder asumir mejor, con más elementos, la tarea constructiva fundada en la visión de la literatura como componente central de la formación.

Y estos elementos son, en primera instancia, el conocimiento, por parte del agente promotor (que por lo general es el maestro), *de los libros*. Lo que parece banal, sin serlo. La evolución de las prácticas lectoras, y del universo de lo escrito en general, ha multiplicado las categorías de lector, las posibilidades de acceso a lo escrito, y ha modificado los presupuestos sociales y cognitivos sobre los que reposa la lectura literaria. La mutación de la función social de la literatura, ligada a los avatares de las sociedades modernas en todas sus variantes, conlleva cambios en la producción del libro en múltiples niveles —que la autora describe con profundidad y al mismo tiempo con sencillez. Su descripción de las nuevas tendencias del campo, sobre todo en lo relativo a la literatura infantil y juvenil en tanto género específico, son una invitación al docente para que se actualice —o, más llanamente, para que *lea*—, y se convierta en un guía capacitado para facilitar a sus alumnos el acceso a un catálogo literario actualizado y con cada vez mayores especificaciones.

Colomer nos muestra cómo estas nuevas especificaciones provienen del impacto que han tenido las amplias variaciones históricas, culturales y políticas acontecidas a lo largo de los últimos decenios, sobre las maneras en la que se construye y aprecia socialmente a las generaciones de los “nuevos” (niñez, adolescencia, etc.); y cómo esto constituye un entramado que desemboca en las elaboraciones teóricas de la lingüística, la pedagogía, la teoría literaria y otra disciplinas afines, revirtiéndose a su vez hacia la oferta editorial y las maneras de trabajar con los jóvenes en el ámbito de promoción de la lectura.

Sintéticamente, podemos señalar como eje central de estas variantes teórico-culturales al papel que ahora se concede al lector en la construcción del sentido, menos en tanto sujeto cognitivo universal y aislado, que en tanto miembro de una *comunidad interpretativa*. Sintagma, este último, que obliga a reconocer a la escuela como un espacio estructurante, en el cual, a pesar de reconocerse la importancia del sujeto del aprendizaje —o la potencia liberadora de la imaginación— en la construcción del sentido, también es importante asumir, como ya lo señalara Hannah Arendt, la necesidad de introducir a los nuevos en la profundidad del tiempo y el espesor de la cultura a través de la *tradicción*: es decir, la necesidad adulta de asumir este mundo como propio, y de decir a los nuevos “he aquí nuestro mundo”. Para lo cual se propone, por supuesto, la inmejorable ayuda de la buena literatura.

Así, el aspecto más técnico del libro, relativo a las estrategias concretas con base en las cuales la institución escolar puede proponer una estructura sólida, y al mismo tiempo flexible, para encaminar convenientemente las prácticas lectoras, reposa no sólo en la recopilación de diferentes experiencias docentes, editoriales, etc., sino también, o sobre todo, en la convicción de que la literatura no es un añadido decorativo en las *curricula*, sino que puede, y debe ser, una práctica constitutiva de los procesos formativos de la escuela moderna.